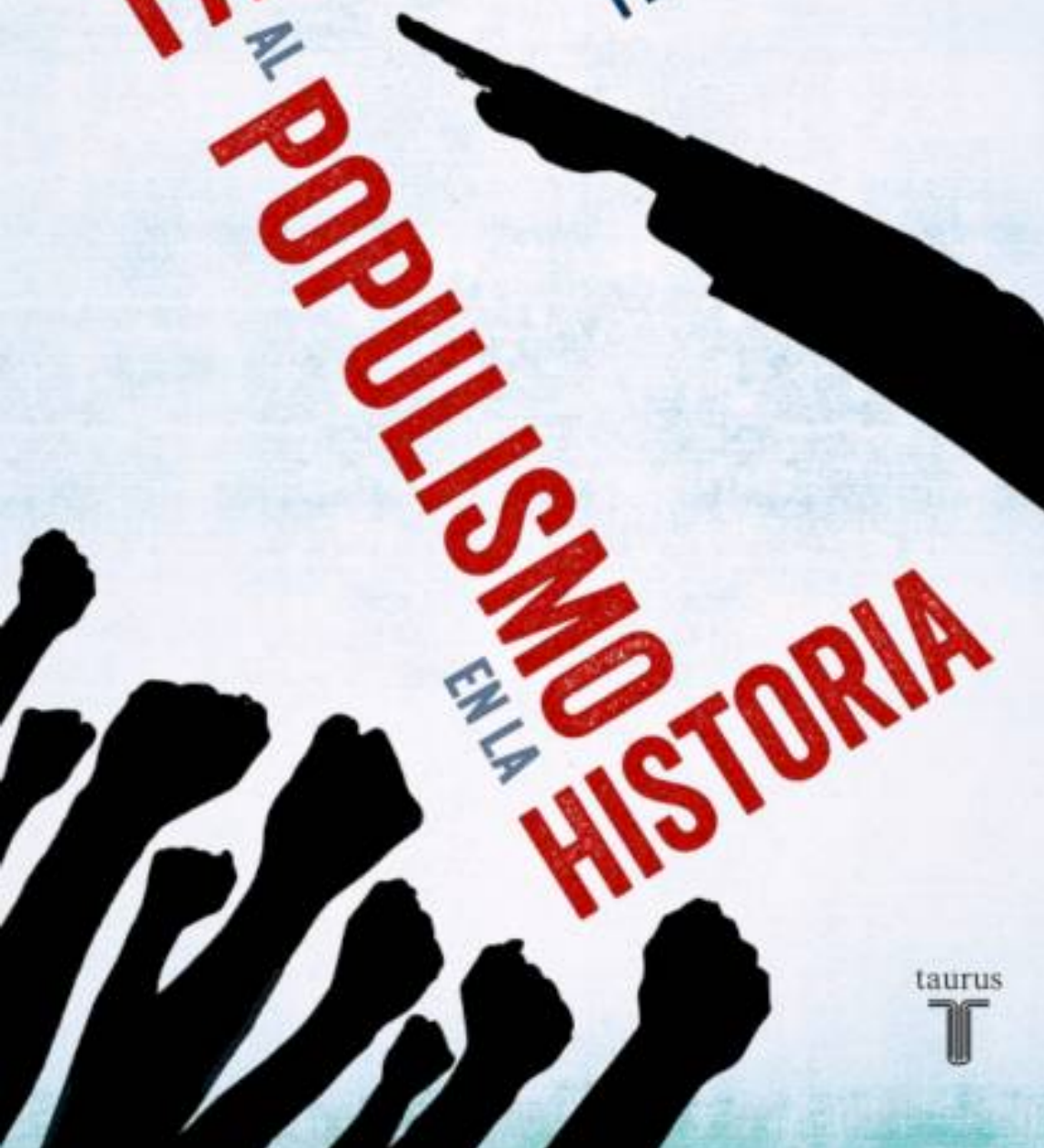


DEL
FASCISMO

FEDERICO
FINCHELSTEIN

AL
POPULISMO
EN LA

HISTORIA



taurus


Federico Finchelstein

Del fascismo al populismo en la historia

Traducción de Alan Pauls

Taurus

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg_

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Gabi, Luli y Laura

PRÓLOGO

*Es sabido que la identidad personal
reside en la memoria y que la anulación
de esa facultad comporta la idiotez.*

JORGE LUIS BORGES,
Historia de la eternidad (1936)

Unos meses antes de que Donald Trump llegara a ser presidente de Estados Unidos, me encontré en Dresde rodeado por una mezcla de manifestantes alemanes neonazis y populistas xenófobos. Había viajado a la ciudad con mi familia para dirigir un seminario sobre fascismo y populismo en la universidad local. Como por obra del destino, llegamos un lunes, día en que los Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente (Pegida) realizan su manifestación semanal. Estábamos rodeados de banderas racistas y rostros furiosos. Literalmente, uno de los ejemplos más extremos de populismo actual se interponía entre el hotel y nosotros. En ese momento, mi hija mayor, que entonces tenía ocho años, preguntó: «¿Ésos son los nazis que mataron a Anna Frank?». El año anterior habíamos visitado el Museo de Anna Frank en Ámsterdam, y la historia la había afectado bastante. No, le contesté, no son los que la asesinaron, pero estos neonazis están contentos de que la mataran. La identificación de los neofascistas y populistas de extrema derecha con ciertos movimientos del pasado ha reformulado el legado dictatorial del fascismo en distintas épocas democráticas y es central para la comprensión de las conexiones entre el pasado y el presente. Con serenidad, y en español, les aseguré a mis hijas Gabriela y Lucía que no

nos pasaría nada, porque en una democracia lo que puede hacer un adepto violento tiene límites. Yo confiaba en que esos xenófobos no se atreverían a pasar de la demonización retórica populista a la agresión física del fascismo. Pero, como lo demuestra la historia del populismo, aun así socavarían la tolerancia y, eventualmente, la fuerza de la democracia. Mis hijas habían nacido en Nueva York, y también allí las cosas no pasarían a mayores. Pero ¿estaba en lo cierto? A su edad yo había vivido en la Argentina bajo una dictadura militar, y recuerdo que entonces habría sido muy peligroso hacerles a mis padres ese tipo de preguntas en público. Y en medio de una manifestación de militares profascistas, mi familia y yo sin duda no habríamos podido caminar y hablar libremente. De niño yo me había interesado por el Holocausto y la persecución de Hitler contra los judíos, pero la conexión entre la gente que estaba en el poder y el fascismo no era un tópico del que un chico de una familia judía de clase media pudiera hablar abiertamente en la Argentina¹. Había «desaparecido» demasiada gente. Pero, como muchos otros ciudadanos, hago esas preguntas ahora, cuando los populistas ocupan el escenario global.

El primer régimen populista moderno nació en la Argentina, no en Estados Unidos, pero últimamente es la primera potencia del mundo la que enarbola su poderío populista ante el resto del planeta. Es algo que muchos norteamericanos, la mayoría de los académicos de las ciencias sociales incluidos, habían creído hasta entonces imposible. Yo vivía en Estados Unidos desde 2001, y había oído decir a menudo que ni el populismo ni el fascismo pondrían jamás un pie al norte del Río Grande. Sin embargo, en especial ahora que el populismo se ha apoderado de Estados Unidos, la historia global del fascismo y el populismo brinda lecciones clave que deberíamos tener presente mientras entramos en una nueva era de populismo en América del Norte y otros lugares del mundo.

Si remitimos el populismo a su historia global, puede que entendamos mejor lo aparentemente inesperado. Este libro estudia las

conexiones históricas entre el fascismo y los que están en el poder en el contexto de las democracias populistas.

Como otros historiadores que dedicaron sus vidas académicas a estudiar el fascismo y el populismo, siempre he pensado que estudiar el pasado podría echar luz sobre el presente, y en las últimas dos décadas he trabajado mirando hacia atrás para comprender las relaciones problemáticas entre fascismo, populismo, violencia y política. Ahora es claro que la cuestión del fascismo y el poder forma parte del presente.

Nuestro nuevo siglo se caracteriza por la crisis, la xenofobia y el populismo. Pero estos rasgos no son nuevos, ni son simples reencarnaciones que tienen lugar en nuestro presente. Comprender el evidente renacimiento del populismo es, en realidad, entender la historia de su adopción y sus reformulaciones a lo largo del tiempo. Esa historia empieza con el fascismo y continúa con el populismo en el poder. Si este siglo no ha dejado atrás la historia de violencia, fascismo y genocidio que tan central fue en el siglo xx, las dictaduras, en especial las dictaduras fascistas, sin embargo, han perdido cada vez más legitimidad como formas de gobierno. Descartadas las desorbitadas metáforas de Múnich y Weimar, el fascismo a cuyo retorno estamos asistiendo no es el que alguna vez existió. El pasado nunca es el presente. Pero las expresiones actuales de neofascismo y populismo tienen historias importantes detrás, y el pasaje del fascismo al populismo a lo largo del tiempo ha moldeado nuestro presente. Este libro no sólo sostiene que los contextos públicos y políticos de los usos del fascismo y el populismo son decisivos para entenderlos sino también que estudiando cómo se concibieron e interpretaron sus historias refrescaremos nuestros conocimientos y mejoraremos nuestra comprensión de las amenazas políticas que hoy pesan sobre la democracia y la igualdad. Contextos y conceptos son cruciales.

Este libro contradice la idea de que las experiencias fascistas y populistas del pasado y el presente pueden reducirse a condiciones nacionales o regionales particulares. Debate con las perspectivas

norteamericanas y eurocéntricas dominantes. Especialmente a la luz del punto de inflexión histórico de la victoria populista de Trump, el cuento del excepcionalismo democrático norteamericano por fin ha terminado. Esta nueva era de populismo prueba a las claras que Estados Unidos es como el resto del mundo. Lo mismo se puede decir de la cultura democrática francesa o alemana. Ya no hay excusas para que el narcisismo geopolítico obstaculice la interpretación histórica, especialmente a la hora de analizar ideologías que cruzan fronteras y océanos y hasta se influyen unas a otras.

Postulo una mirada histórica sobre el populismo y el fascismo, pero también propongo una perspectiva desde el sur. En otras palabras, me pregunto qué sucede con el centro cuando lo pensamos desde los márgenes². Ni el populismo ni el fascismo son exclusivamente europeos, norteamericanos o latinoamericanos. El populismo es tan norteamericano como argentino. Por eso mismo el fascismo también se dio tanto en Alemania como en India. Hay demasiados investigadores de Estados Unidos y Europa que explican el pasado y presente del fascismo y el populismo subrayando las dimensiones norteamericana o europea de lo que en realidad es un fenómeno global y transnacional. Descentrar la historia del fascismo y el populismo no significa adoptar una explicación alternativa única de sus orígenes. Todos los antecedentes son importantes.

¿Qué es el *fascismo* y qué es el *populismo*? Los primeros que se hicieron esas preguntas fueron algunos fascistas, antifascistas, populistas y antipopulistas que buscaban convalidar, criticar o distanciarse de lo que se percibía como rasgos comunes asociados con esos términos. Desde entonces las han repetido sus partidarios y algunos de sus críticos más acérrimos³. Tanto entonces como ahora, actores e intérpretes han coincidido en que ambos términos se contraponen al liberalismo, ambos implican una condena moral del orden de cosas de la democracia liberal y ambos representan una reacción masiva que líderes fuertes promueven en nombre del pueblo contra élites y políticos tradicionales. Pero, más allá de esas afinidades, y dejando de lado los tipos ideales y los límites de las interpretaciones

genéricas, ¿cómo se han conectado histórica y teóricamente el fascismo y el populismo, y cómo deberíamos abordar sus significativas diferencias? Este libro brinda respuestas históricas a esas preguntas. Aunque el fascismo y el populismo ocupen el centro de las discusiones políticas y aparezcan a menudo mezclados, en realidad representan trayectorias políticas e históricas diferentes. Al mismo tiempo, fascismo y populismo están genealógicamente conectados. Forman parte de la misma historia.

El populismo moderno nació del fascismo. Así como la política de masas fascista llevó las luchas populares más allá de ciertas formas de populismo agrarias democráticas premodernas como la *Narodnik* rusa o el *People's Party* (Partido del Pueblo) americano, y se distinguió también radicalmente de formaciones protopopulistas como el yrigoyenismo argentino o el battlismo uruguayo, los primeros regímenes populistas latinoamericanos de posguerra se apartaron del fascismo al mismo tiempo que conservaban rasgos antidemocráticos decisivos, no tan predominantes en los movimientos prepopulistas y protopopulistas previos a la Segunda Guerra Mundial.

Con la derrota del fascismo nació una nueva modernidad populista. Tras la guerra, el populismo reformuló el legado del «antiiluminismo» durante la Guerra Fría y por primera vez en la historia se completó, es decir, accedió al poder⁴. Hacia 1945, el populismo había llegado a representar una continuación del fascismo, pero también una renuncia a ciertos aspectos dictatoriales determinantes. El fascismo postulaba un orden totalitario que produjo formas radicales de violencia política y genocidio. En cambio, y como resultado de la derrota del fascismo, el populismo intentaba reformar y modular el legado fascista en clave democrática. Tras la guerra, el populismo era un resultado del efecto civilizacional del fascismo. El ascenso y caída de los fascismos afectó no sólo a quienes habían sido fascistas, como el general Juan Perón en la Argentina, sino también a muchos compañeros de ruta autoritarios como Getúlio Vargas en Brasil, o muchos miembros de la derecha populista norteamericana que en un primer momento no habían experimentado o coincidido

plenamente con el fascismo. Para acceder al poder, el populismo de posguerra renunció a sus fundamentos prodictatoriales de entreguerras pero no dejó el fascismo del todo atrás. Ocupó su lugar mientras se convertía en una nueva «tercera vía» entre el liberalismo y el comunismo. Sin embargo, a diferencia de los partidarios del fascismo, sus simpatizantes querían que el populismo fuera una opción democrática. Esta intención populista de crear una tradición política nueva que pudiera gobernar la nación pero se diferenciara del fascismo, sumada al éxito que finalmente la coronó, explican la compleja naturaleza histórica del populismo de posguerra como un conjunto variado de experimentos autoritarios con la democracia. Sin duda el populismo moderno incorporó elementos de otras tradiciones, pero los orígenes y efectos fascistas del populismo tras la derrota de Hitler y Mussolini moldearon su tensión posfascista constitutiva entre la democracia y la dictadura.

En términos históricos, el populismo puede ser una fuerza reaccionaria que empuja a la sociedad a una modalidad más autoritaria, pero en sus variantes progresistas también puede iniciar o promover un proceso de democratización en una situación de desigualdad, socavando al mismo tiempo los derechos o la legitimidad de las minorías políticas ubicadas a su derecha o a su izquierda. Con respecto a la izquierda, y en particular a la pretensión de la izquierda populista a representar a la izquierda toda, no conviene mezclar la participación cívica masiva y los reclamos populares por la igualdad social y política con una situación de populismo. Ahistóricos, los expertos suelen confundir democracia social, política progresista y populismo. Uno de los objetivos de este libro es ubicar claramente al populismo en la historia y subrayar también la necesidad de distinguirlo de otras formas emancipatorias y democráticas que con demasiada frecuencia son rechazadas por populistas. Si el populismo usa la xenofobia para que la sociedad se vuelva retrógrada, como suele suceder en sus versiones de derecha, el populismo de izquierda hace posible que la sociedad se preocupe por las condiciones de desigualdad social y económica. Últimamente, esto ha llevado a

poner en tela de juicio el dogmatismo de las medidas de austeridad neoliberales y la supuesta neutralidad de las soluciones de orientación mercado-tecnocrática.

En todos los casos, el populismo habla en nombre de un solo pueblo, y también lo hace en nombre de la democracia. Pero una democracia definida en términos restringidos: como la expresión de los deseos de los líderes populistas. No se puede definir al populismo simplemente por su pretensión de representar en exclusividad al pueblo entero contra las élites. No se trata sólo de que los populistas quieren actuar en nombre de todo el pueblo; también creen que su líder es el pueblo, y que debería reemplazar a los ciudadanos en la toma de todas las decisiones. Los historiales globales del populismo muestran que su comienzo constitutivo suele coincidir con el momento en que el líder se convierte en el pueblo. Pero aunque el líder en teoría personifica al pueblo, en la práctica sólo representa a sus seguidores (y votantes), a quienes los populistas conciben como la expresión de todo un pueblo. El líder reemplaza al pueblo y pasa a ser su voz. En otras palabras, la voz del pueblo sólo puede expresarse por boca del líder. Es en la persona del líder donde la nación y el pueblo pueden finalmente reconocerse a sí mismos y tener una participación política. En realidad, sin un concepto de líder carismático y mesiánico, el populismo es una forma histórica incompleta. Es difícil entender el populismo prescindiendo de su idea autoritaria de liderazgo y su propósito de acceder al poder por vías electorales. Estas afirmaciones absolutas sobre pueblo y liderazgo sintetizan no sólo la idea populista de cómo los populistas en modo oposición o en modo campaña deberían cuestionar seriamente el estado de una democracia, sino también cómo habrá que gobernar la democracia una vez que los populistas accedan al poder. En última instancia, y en la práctica, el populismo sustituye la representación con la transferencia de autoridad hacia el líder. De izquierda a derecha, esto es lo que constituye la ideología del populismo: la necesidad de una forma de democracia más directa y autoritaria. En otras palabras, cuando un populista se gana la voluntad de una mayoría electoral

circunstancial, esa voluntad se funde con los deseos del líder, que actúa en nombre del pueblo «real».

Como explica Andrew Arato, un destacado investigador en teoría social y política, en el populismo la parte pasa a ser el todo. Es decir: se inventa un pueblo unido de ficción para que encarne en, y lo conduzcan, líderes autoritarios. «El pueblo», en realidad, es un concepto que da cuenta de los muchos pueblos distintos que viven en una nación. Su traducción a un pueblo único y unido encarnado en un líder es una recurrencia histórica decisiva del populismo. Este proceso histórico por el cual el pueblo, creado a partir de un sector de los ciudadanos, se vuelve primero Uno, luego es reapropiado por un movimiento y por fin encarna en el liderazgo autoritario de un sujeto construido (el pueblo unido e indiferenciado) que no existe en la realidad, tiene efectos antidemocráticos claros. Pero para los populistas es el enemigo el que está contra la democracia, no ellos⁵. Del populismo de izquierda argentino a los populistas de las extremas derechas francesa y alemana, los populistas sostienen que defienden al pueblo de la tiranía y la dictadura. Para los populistas, la dictadura no es tanto una forma de gobierno superada como una metáfora para describir al enemigo en el presente. Eso les permite igualar democracia y populismo y al mismo tiempo asociar a su contrario (la tiranía o la dictadura) con su rival político, ya sea el antiperonismo en la Argentina, el imperialismo en Venezuela o la Unión Europea en Francia y Alemania. Sin duda todos estos actores tienen o han tenido dimensiones autoritarias, pero no forman parte de la caricaturización populista del enemigo político. Los populistas no se preocupan demasiado por las sutilezas de la observación empírica; más bien se dedican a retrabajar la realidad, incluso a reinventarla, en función de sus variados imperativos ideológicos. Viviendo en el interior de la burbuja populista, los líderes, regímenes y seguidores pueden presentar todo aquello que les desagrade como una mentira de los medios y una conspiración interna o externa contra el pueblo, el líder y la nación. En este punto, el populismo se liga directa-

mente con la clásica negativa fascista a determinar la verdad empíricamente⁶.

Una diferencia entre populismo y liberalismo, así como entre populismo y socialismo, es que el liberalismo y el socialismo deben enfrentar sus fracasos empíricamente, cosa que suelen hacer, aunque no siempre. Los populistas piensan de otro modo. Cualquiera que se les oponga es convertido en una entidad tiránica. En ese contexto, democracia y dictadura son sólo denominaciones para el yo y el otro. Se vuelven imágenes de la visión populista y dejan de ser categorías de análisis político. Esta transformación de conceptos en imágenes es una dimensión clave de la versión populista de un rasgo fascista similar, largo tiempo atrás observada por Walter Benjamin: concretamente, la estetización de la política. Ese énfasis en la política como espectáculo acompaña al populismo siempre que pasa de movimiento de oposición a régimen.

Aunque entre los populismos de izquierda y de derecha hay diferencias múltiples e importantes, incluso esenciales, el populismo cambia por completo cuando abandona la oposición para asumir el papel muy distinto de régimen. Inversamente, el populismo aparece como un movimiento de protesta y revela con claridad los límites que las élites gubernamentales tienen para representar a segmentos importantes de la sociedad, pero también reivindica la representación de la sociedad como un todo. En tanto régimen, el populismo no tiene límites a la hora de reivindicar la soberanía popular, identificando los votos de las mayorías electorales que apoyan al régimen con los deseos estructurales y trascendentales del pueblo y la nación. Como oposición, el populismo suele contribuir a la comprensión de las frustraciones pero también a desnudar los persistentes prejuicios de grandes sectores de la población. Como régimen, el populismo se arroga la representación absoluta de un pueblo entero, cosa que a menudo traduce delegando todo el poder en el líder. En este contexto, el líder dice saber lo que el pueblo realmente quiere mejor que el pueblo mismo.

A diferencia de los fascistas, los populistas juegan el juego democrático casi siempre y terminan por ceder el poder cuando pierden una elección. Eso se debe a que el populismo, aunque parecido al fascismo en el hecho de que se funde con la nación y el pueblo, conecta esas pretensiones totalizadoras de representación nacional popular con decisiones electorales. En otras palabras, el populismo transmite una concepción plebiscitaria de la política y rechaza la forma fascista de la dictadura.

El populismo es una forma autoritaria de democracia. Definida históricamente, prospera en contextos de crisis política real o imaginaria donde se presenta como la antipolítica. Afirma que desarrolla actividades políticas manteniéndose al margen del proceso político. En este sentido, la democracia aumenta la participación política de las mayorías reales o imaginarias al mismo tiempo que excluye a, y limita los derechos de, las minorías políticas, sexuales, étnicas y religiosas. Tal como se observó anteriormente, el populismo concibe al pueblo como Uno, es decir como una entidad única compuesta de líderes, seguidores y nación. Esta trinidad de soberanía popular tiene sus raíces en el fascismo, pero está confirmada por los votos. El populismo se opone al liberalismo, pero está a favor de la política electoral. De ahí que podamos entender mejor el populismo si lo pensamos como una original reformulación histórica del fascismo que accedió al poder por primera vez después de 1945. La homogeneizadora visión del pueblo del populismo concibe a los adversarios políticos como el antipueblo. Los adversarios se vuelven enemigos: némesis que consciente o inconscientemente representan a las élites oligárquicas y a una variedad de intrusos ilegítimos. El populismo defiende a un líder nacionalista iluminado que habla y decide por el pueblo. Minimiza la separación de poderes, la independencia y legitimidad de la prensa libre y el imperio de la ley. En el populismo la democracia es cuestionada pero no destruida.

Mientras termino este libro, un nuevo populismo ha tomado las riendas del mundo. Una vez más, el triunfo electoral de un líder narcisista viene acompañado de la ofensa y el menosprecio del valor

de los demás. La intolerancia y la discriminación han abierto el camino para una definición de pueblo basada simultáneamente en la inclusión y la exclusión. Como sucedió en el pasado, este populismo nuevo, recargado, pone en tela de juicio la democracia desde adentro, pero la historia nos enseña que las instituciones democráticas y una sociedad civil fuerte pueden enfrentar con energía al populismo en el poder. En suma, podemos aprender de las instancias históricas de resistencia.

Cuando surgió el populismo moderno, el escritor argentino Jorge Luis Borges afirmó que el fascismo, expulsado de Berlín, había emigrado a Buenos Aires. Los regímenes de Alemania y Argentina fomentaron la opresión, la servidumbre y la crueldad, pero «más abominable es el hecho de que fomentan la idiotez». Aunque mezclara problemáticamente el fascismo (una dictadura) con el populismo (una forma de democracia electoral autoritaria), Borges revelaba con agudeza por qué y cómo ambos respaldaban la estupidez y la falta de pensamiento histórico. Ignoraban las experiencias vividas y reafirmaban mitologías groseras. Aunque su elitismo le impedía reconocer que el nuevo populismo era una opción inclusiva para gente que se sentía no representada, Borges advertía con claridad su «triste» y determinante monotonía. La diversidad había sido reemplazada por imperativos y por símbolos. En su temprano análisis del populismo en la historia, Borges enfatizaba el modo en que sus líderes transformaban la política en mentira. La realidad se convertía en melodrama. Lo distorsionaban todo con ficciones «que no podían ser creídas y eran creídas». Como Borges, debemos recordar que hay que enfrentar el fascismo y el populismo con verdades empíricas o, como lo dice él, que hay que distinguir entre «leyenda y realidad». En tiempos como éstos, el pasado nos recuerda que el fascismo y el populismo también están sujetos a las fuerzas de la historia⁷.

Nueva York, 2 de mayo de 2017